

CAPITULO CCXXIX.

Continúa aumentando la insurrección.—Actitud de las potencias.—Decide el Monarca trasladarse al teatro de la guerra.—Alocución dada por el Monarca.—Manifiesto de D. Jacinto Abrés.—La reina Amalia se reúne con su esposo.

MUCHA parte del Clero, dice un historiador, secundaba activamente los planes de los sublevados, y el movimiento se extendía por Lérida, Tarragona, Reus, Solsona, Vich y Gerona, amenazando propagarse á las demas provincias en un brevisimo espacio.

En vista de esto, y alarmadas las potencias extranjeras con las proporciones que iba tomando el movimiento, el embajador francés conferenciaba incesantemente con el Monarca sobre este asunto y los de las demas naciones agitábanse tambien con arreglo á las instrucciones que constantemente estaban recibiendo de sus respectivas cortes.

En medio del efecto que esto producía en la corte, llegó á ella la noticia de que los sublevados andaban propalando la voz de que Fernando VII, cansado de los sinsabores que desde niño sufriendo, estaba resuelto á abdicar la corona en su hermano D. Carlos.

La gravedad de esta noticia obligó á Fernando á tomar una resolución.

El 18 de setiembre anunció, por medio de un decreto, su decisión de marchar á Tarragona, creyendo que su presencia sería suficiente para poner término á aquella situación.

En este viaje había de acompañarle Calomarde, de quien dice un historiador, que «desempeñaba doble juego en aquellos sucesos, pues lo mismo que el conde de España y otros miembros del partido apostólico, había visto con gusto y aún fomentado la rebelión.»

El 22 de setiembre salió el Rey para Valencia y el 28 llegó á Tarragona, desde cuyo punto dirigió á los catalanes la siguiente proclama:

«El Rey.—Catalanes: Ya estoy entre vosotros, según os lo ofrecí por mi decreto de 18 de este mes; pero sabed que como padre, voy á hablar por última vez á los sediciosos el lenguaje de la clemencia, dispuesto todavía á escuchar las reclamaciones que me dirijan desde sus hogares, si obedecen á mi voz, y que como rey vengo á restablecer el orden, á tranquilizar la provincia, á proteger las personas y las propiedades de mis vasallos pacíficos que han sido atrocemente maltratados, y á castigar con toda la severidad de la ley á los que sigan turbando la tranquilidad pública.

«Cerrad los oídos á las pérfidas insinuaciones de los que, asalariados por los enemigos de vuestra prosperidad, y aparentando celo por la religión que profanan y por el trono á quien insultan, sólo se proponen arruinar esta industriosa provincia.

«Ya veís desmentidos con mi venida los vanos y absurdos pretextos con que hasta ahora han procurado cohonestar su rebelión.

«Ni yo estoy oprimido, ni las personas que merecen mi confianza conspiran contra la nuestra santa religión, ni la patria peligra, ni el honor de mi corona se halla comprometido, ni mi soberana autoridad es coartada por nadie.

«¿A qué, pues, toman las armas los que se llaman á sí mismos vasallos fieles, realistas puros y católicos celosos?

«¿Contra quién se prometen emplearlas? Contra su Rey y señor.

«Sí, catalanes; armarse con tales pretextos, hostilizar mis tropas y atropellar á los magistrados es rebelarse abiertamente contra mi persona, desconocer mi autoridad y burlarse de la Religión, que manda obedecer á las potestades legítimas; es imitar la conducta y hasta el lenguaje de los revolucionarios del año 1820; es, en fin, destruir hasta los fundamentos, las instituciones monárquicas, porque si pudiesen admitirse los absurdos principios que proclaman los sublevados, no habría ningún trono estable en el universo.

«Yo no puedo creer que mi real presencia deje de disipar todas las preocupaciones y recelos, ni quiero dejar de lisonjearme de que las maquinaciones de los seductores y conspiradores quedarán desconcertadas al oír mi acento.

«Pero si contra mis esperanzas no son escuchados estos últimos avisos; si las bandas de sublevados no rinden y entregan las armas á la autoridad militar más inmediata á las veinticuatro horas de intimarlos mi soberana voluntad, quedando los caudillos de todas clases á disposición mía, para recibir el destino que tuviera á bien darles, y regresando los demas á sus respectivos hogares, con la obligación de presentarse á las justicias, á fin de que sean nuevamente empadronados; y por último, si las novedades hechas en la administración y gobierno de los pueblos no quedan sin efecto con igual prontitud, se cumplirán inmediatamente las disposiciones de mi real decreto de 10 del corriente, y la memoria del castigo ejemplar que espera á los obstinados, durará por mucho tiempo.

«Dado en el palacio arzobispal de Tarragona á 28 de setiembre de 1827.—Yo el Rey.—Como secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia, Francisco Tadeo de Calomarde.»

La sublevación, como hemos dicho, había ido acreciendo en importancia y no era fácil ya que con proclamas y alocuciones se le pusiera remedio.

Treinta batallones formaban las fuerzas realistas y escasamente había una mitad de tropas de línea, que el marqués de Campo

Sagrado había tenido que destinar para guarnecer las plazas de guerra.

Únicamente el brigadier Manso con una columna operaba contra los rebeldes hasta que, merced á la llegada del conde de España con nuevas fuerzas, pudo imprimir algún impulso á las operaciones.

Sin embargo, la verdad era que la insurrección estaba minada en sí misma, y quizás se hubiese podido sofocar más pronto á disponer de fuerzas suficientes para combatirla con las armas, á la par que ella misma se combatía con sus discordias intestinas.

Porque algunos de los jefes de acción, digámoslo así, comenzaban á comprender que habían sido juguete de los verdaderos promovedores de ella, y el disgusto cundía entre sus mismas filas.

Varios de ellos andaban recelosos de ser vendidos.

Otros veían que con ellos se había jugado, y el descontento era grande, y precisamente por este descontento comenzó á verse claro el plan que con tanto empeño habíase procurado tener oculto.

Uno de los principales jefes fué quien primero demostró algo de la verdad de lo ocurrido.

Este jefe era D. Jacinto Abrés el Carnicer (a) *Pixola*, el cual, como hemos dicho, fué el que se apoderó de Manresa y había además prestado servicios de gran consideración á la causa realista.

Sin duda no se creyó recompensado en la proporción que esperaba ó se cansó de estar jugando un papel que no le agradaba, porque en 22 de setiembre desde Llagostera hizo circular la siguiente manifestación:

«Catalanes: Tiempo es ya de romper mi silencio para vindicarme con vosotros de la calumnia con que nos acusan todos los obispos del Principado en sus respectivas pastorales, atribuyendo nuestros heroicos hechos á ser obra de sectarios jacobinos: borron que estoy sintiendo sin que pueda dejar de manifestarlo: nada de eso, muerte á éstos es lo que hemos jurado.

«Algunos de estos mismos preladados saben bien que los que ahora llaman cabecillas desnaturalizados nos hicieron saber palpablemente que el Rey se había hecho sectario, y que si no queríamos ver la religión destruída, debía elevarse al trono al infante don Carlos: que en esta empresa estaban comprometidos los consejeros de Estado, Fray Cirilo Alameda, el duque del Infantado, el Excmo. Sr. D. Francisco Calomarde, ministro de Gracia y Justicia, el inspector de voluntarios realistas D. José María Carvajal, y otros varios personajes de primera jerarquía, contando con cuantos recursos eran precisos, tanto nacionales como extranjeros.

«Después que se vió el espíritu del pueblo, prohibieron los primeros vivas, para realizarlos cuando ya estaba formada la fuerza.

«Ya estamos con ella; ¿y qué es lo que han hecho? Dejarnos en la estacada, sin salir á nuestra ayuda los que estaban conformes, porque ven el peligro, y no quieren exponerse á perder sus pingües prebendas y destinos; y uno de los que fueron órganos para hacernos salir al campo lo envían luego á la corte; éste, luego que vió al Rey, se encargó de hacer desaparecer á todos los que juramos morir antes que admitir composición alguna.

«Romagosa, éste es el que, llevado de su egoísmo, pretende dejarnos sin fuerza, y entregar á los jefes para que se nos castigue, en lo que nada pierden, ni él ni los que los dirigen, con tal que ellos consigan avasallar al Rey, haciendo en favor propio lo que se les antoje, aunque sea con el precio de nuestras cabezas.

«Aquí tenéis descubierto el plan de los que nos vilipendieron llamándonos seducidos por negros.

«Es pues, llegado el caso, compatriotas míos, de que todos nos unamos contra nuestros enemigos; al Rey lo tienen oprimido y engañado, y los egoístas empiezan á vacilar, porque temen; no hay que desmayar; los principales agentes continúan en favor nuestro por ser mutua la causa que nos obliga á poner en actitud hostil.

«Religion, trono sin mancha, valor y constancia sea nuestra divisa, y despreciando á traidores y sectarios, formemos un muro impenetrable contra los malvados; así seremos felices, y nos bendecirán nuestros hijos.—Llagostera 22 de setiembre de 1827.—*Pixola.*»

A la voz del Monarca apresuráronse algunos grupos de sediciosos á deponer las armas, y las columnas que operaban contra ellos alcanzaron algunos fáciles triunfos que demostraban perfectamente que la insurrección estaba herida de muerte.

El conde de España entró en Manresa, en Cardona y en Vich, y finalmente el mismo Bussons se vió obligado á acogerse al territorio francés, haciéndose ejemplar castigo en algunos de los jefes rebeldes que se cogieron.

El día 30 de octubre de 1828, marchó Fernando á Valencia á recibir á la reina Amalia, que desde el sitio de San Lorenzo iba á reunirse con él. Ambos volvieron á Cataluña, y mientras desembarcaban en Tarragona el 24 de noviembre, las tropas francesas evacuaron la plaza y Ciudadela de Barcelona, la última que guarnecían en el reino, según los últimos convenios, y ocupáronla las españolas al mando del conde de España.



J. SERRA, JR.

LA VIDA, S. PABLO, 73

CAPTURA DEL CABECILLA BUSSONS